

## FREUD Y JUNG: Lo que la Emoción no Dejó Reunir<sup>1</sup>

Carlos Amadeu Botelho Byington<sup>2</sup>

Traducción: Psic. Silvia Di Santo (Ecuador)

Apreciados colegas, muchas gracias por la honrosa invitación para presentar una de las dos conferencias de apertura de este Congreso. Agradezco especialmente la sugerencia de mi nombre por Gonzalo Himiob, Luis Sanz y por la Asociación Venezolana de Psicología Analítica.

En primer lugar, debo decir que hablo de Freud y de Jung como los padres héroes de mi vocación. Todavía en el curso médico, comencé mi análisis con un psicoanalista y luego me apasioné por la obra de Freud. Estudié Psicoanálisis durante este período con la firme intención de convertirme en psicoanalista. Sucede que mi analista, “sin mi autorización”, fue a hacer análisis con la Dra. Nise da Silveira. Ella había conocido la obra de Jung, había ido a hacer análisis con él y con la Dra. Marie-Louise von Franz en Zurich y había retornado a Rio de Janeiro, donde se convirtió en la pionera de la psicoterapia con técnicas expresivas y de la Psicología Analítica en Brasil. Así aconteció que mi primer análisis, que estaba en su cuarto año, terminó, o continuó, en un viaje a Zurich para formarme como analista junguiano. Al concluir mi curso de formación, escribí una tesis titulada *Autenticidad como la Dualidad en la Unidad*. En ella incluí la noción de complementariedad entre las obras de Freud y de Jung, lo que me costó la ruptura con la Dra. von Franz, la discípula erudita de la obra de Jung y mi querida analista durante cinco años. Al retornar a Brasil y fundar, con otros colegas brasileños, la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica, continué mi creatividad en el desarrollo de la teoría psicológica incluyendo la complementariedad entre las obras de Freud y de Jung dentro de un referente simbólico y arquetípico, que titulo Psicología Simbólica Junguiana. En esta teoría, retorno a la obra y a la figura de Freud para nutrirme y, al hacerlo, frecuentemente recuerdo la frase célebre de la cultura francesa, que tanto desarrolló el arte de amar: “volvemos siempre a nuestro primer amor” – *on revient toujours a son premier*

---

<sup>1</sup> Conferencia de apertura del I Congreso Venezolano de Psicoanálisis. Caracas, junio de 2005.

<sup>2</sup> Médico Psiquiatra y Psicoterapeuta. Miembro fundador de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica y Miembro de la Sociedad Internacional de Psicología Analítica. Educador, Historiador y creador de la Psicología Simbólica Junguiana. E-mail: [c.byington@uol.com.br](mailto:c.byington@uol.com.br) site: [www.carlosbyington.com.br](http://www.carlosbyington.com.br)

*amour*. Es dentro de esa perspectiva de afecto y gratitud que les hablaré hoy sobre cómo veo la problemática emocional en la relación de estos dos genios pioneros de la psicología dinámica.

Jung conoció el pensamiento de Freud posiblemente a través de la lectura de la *Interpretación de los Sueños* (1900), pues en su tesis de formación en Psiquiatría – *Sobre los Fenómenos Ocultos* – la citó tres veces.

El encuentro personal entre ellos, que duró trece horas, en febrero de 1907, en la casa de Freud en Viena fue, entre tanto, el gran marco que los reunió en una fascinación recíproca hasta 1912. El núcleo de su relación emocional y transferencial creativa y defensiva fue probablemente el complejo paterno de ambos.

Freud, diecinueve años mayor, a los 50 años ya había edificado los pilares de su obra monumental, que transformaría la cultura con la introducción de los conceptos de inconsciente dinámico y de evolucionismo psicológico. Su problema, como judío dentro de la cultura alemana y médico neurólogo formado en la escuela positivista de Helmholtz, era la ratificación institucional de esas nuevas Psicología y Psiquiatría, centralizadas en la sexualidad, en una tradición psiquiátrica en la cual no militaba y que era ejercida dentro de una cultura tradicionalmente cristiana y moralista, con fuerte componente anti-semita. En ese contexto, Jung tenía varias características para ser el hijo ideal, heredero y divulgador de la obra del padre. Además de ser el jefe de clínica del famoso Bleuler, que acababa de acuñar el término esquizofrenia, y de dirigir el Burghölzli, en Zurich, uno de los grandes centros de psiquiatría de Europa, Jung era hijo de un pastor protestante, o sea, mejor *goyn* no se podría encontrar.

Jung, a su vez, a los 31 años, apenas comenzaba su extensa carrera. Solamente había escrito sobre cuestiones psiquiátricas – el propio tema del Espiritismo había sido tratado como una tesis de Psiquiatría. El gigante, que en los 53 años siguientes emplearía el concepto de arquetipo para enraizar todos los fenómenos humanos, individuales y culturales, en la imaginación creativa trascendente del instinto de individuación, era apenas un joven médico psiquiatra muy inteligente y ambicioso.

Todos los componentes psicológicos de los complejos, símbolos y arquetipos son bipolares. La principal constitución arquetípica bipolar del complejo paterno es la paternidad y la filitud paterna, expresadas predominantemente en las imágenes del padre y del hijo.

Por sus historias de vida, podemos deducir que tanto Freud cuanto Jung presentaban limitaciones significativas resultantes de fijaciones de sus complejos paternos mal elaborados.

La problemática de Freud con el complejo paterno, como sabemos, propició el descubrimiento genial de su Complejo de Édipo. Primogénito, con cinco hermanas y un hermano diez años menor, en una tradición patriarcal que sobrevaloriza al hombre, con una linda madre apenas 21 años mayor que él, era muy difícil no sentir atracción por ella, dentro de la afectividad. Al mismo tiempo, el padre, 20 años mayor que su madre, un pequeño comerciante, era un rival frágil frente a su ambiciosa vocación académica en la competición normal entre hijo y padre. La vivencia del anti-semitismo en la sociedad vienesa y la dificultad de enfrentarla para un padre de familia judía, ejemplificadas en la adolescencia de Freud, cuando su padre se mostró impotente al ser humilhado en la calle por un grupo de jóvenes anti-semitas que llegaron a derrubar su gorra, posiblemente también contribuyeron a la des-idealización mal elaborada de la figura paterna. La muerte del padre cuando Freud tenía 40 años, y la satisfacción y la culpa que sintió junto con el dolor, marcaron el camino para el descubrimiento genial del Complejo de Edipo en sí mismo. Pero de allí a concluir que todos los niños, al nacer, ya tengan inevitablemente la tendencia incestuosa y parricida como el instinto central del Id, es una generalización improcedente.

La identificación de Freud con Edipo es impresionante, como ilustra un episodio relatado por Jones. En su aniversario de 50 años, los discípulos de Freud le obsequiaron una medalla, ideada por Paul Federn, que tenía de un lado su imagen y del otro a Édipo frente a la Esfinge, con la famosa frase de Sófocles: *aquel que descifró el famoso enigma y fue un hombre extraordinariamente poderoso*. Fue una sincronidad, pues, según Freud confió muy emocionado a los presentes, él, cuando joven, caminando por los corredores de la Universidad de Viena, se había encontrado con varios bustos de antiguos profesores y había fantaseado, exactamente con esas palabras, que un día también sería célebre.

Ahora, sabemos que la celebridad de Edipo ocurrió sólo en parte por haber descifrado el enigma, pero, principalmente, por haber matado al padre, practicado el incesto con su madre y haber tenido cuatro hijos con ella. Es inseparable de su fama, también, el hecho de que se haya mutilado y cegado al darse cuenta de lo que había hecho. Edipo sólo se torna existencialmente sabio después de su repudio a la guerra entre sus dos hijos y de la peregrinación al Templo de las Erinias, de las Furias, descrito por Sófocles en *Edipo en*

*Colona*, la última obra de la trilogía. Solamente allí él se consagra y es finalmente conducido por Teseo hacia el Más Allá.

El drama de Edipo nos transmite, entonces, una paradoja que reúne la gloria del intelecto seguida por la tragedia existencial. El homenaje de los discípulos con la medalla se debió, ciertamente, a la identificación de Freud con el lado de la personalidad de Edipo que descifró el enigma, pero, ¿cómo relacionar con Freud el otro lado de la personalidad de Edipo, que salió de la victoria intelectual hacia la más fragorosa de las derrotas en el proceso existencial?

Para intentar responder a una pregunta de tal forma amenazadora para la gloria de un genio tan grande, necesitamos penetrar más profundamente en el mito de la Esfinge. Ella es la propia imagen del incesto, concebida con otros monstruos en el imaginario mitológico del período pre-olímpico de la cultura griega. Su madre es el dragón Echidna, amante de su propio hijo, el can Orthos. Su otro hermano es el can Kerberos, de tres cabezas, que guarda la puerta del Hades. Su cuerpo con garras y cola de león, cabeza de mujer, alas de águila y uñas de harpía, expresa la monstruosidad que representa el incesto, cuando éste ocurre dentro de la familia y de la cultura edificadas sobre el tabú del incesto.

Como bien describió Engels (1884), a partir de la obra de Morgan (1861), la ausencia del conocimiento de la función paterna biológica en la familia grupal de los bandos cazadores-colectores impedía la existencia del papel social del padre establecido en la familia patriarcal, que dio inicio a la civilización. Mi interpretación del significado de la formación de la familia patriarcal es que su organización produjo naturalmente el tabú del incesto. De esta manera, el incesto y el parricidio se tornaron inmorales solamente con el predominio del Arquetipo Patriarcal en la familia y en la cultura, que marca el inicio de la civilización. Podemos suponer que, en el bando cazador-colector, de familia pre-patriarcal sindiásmica, según la denominación de Morgan, la mujer probablemente se relacionaba con cualquier macho que la poseyese, independientemente del grado de parentesco. El parricidio, a su vez, no era prohibido simplemente porque la figura social del padre no existía.

De esta manera, con el pasar de las generaciones, los hijos resultantes acumulaban todos los papeles familiares. Desde el punto de vista de esta Consciencia Colectiva, en esa fase de la cultura, podemos conjeturar que eso era natural y no había monstruosidad alguna.

Entre tanto, después de estructurada la civilización basada en la familia patriarcal y en el tabú del incesto, esa indiferenciación se tornó equivalente a la monstruosidad y fue proyectada, en la Mitología Griega, en las imágenes de animales fantásticos que practicaban abiertamente el incesto. De esta manera, la Esfinge sería la representación del incesto existente en la dimensión matriarcal y que, durante el predominio de la dimensión patriarcal en la cultura, pasó a ser vista como monstruosidad. Por el hecho de que el tabú del incesto acompañara la codificación de la ley, podemos comprender la asociación del incesto con el parricidio, pues ambos representan la transgresión máxima, respectivamente, de la familia y de la sociedad. En ese sentido, el símbolo de la Esfinge que viene a castigar a Tebas y que será intelectualmente descifrada por Edipo incluye el incesto y el parricidio.

La palabra Esfinge viene de la Mitología Griega, que denominaba al monstruo *Sphigks*, tal vez emparentado con el verbo *sphiggo*, que significa *apretar* y que originó la palabra *esfínter*, en Medicina. Por eso, Kerényi interpreta el significado de la Esfinge como “aquella que aprieta”, o sea, como “la estranguladora”. Dentro de este significado, podemos ver a la Esfinge como la imagen arquetípica de la fijación, genialmente descrita por Freud como el principal disturbio de la libido en el proceso de desarrollo.

El enigma de la Esfinge es la pregunta sobre cuál es el ser que camina de cuatro, al inicio; de dos, al medio; y de tres al final. Al descifrar el enigma como siendo el ser humano en la infancia, en la vida adulta y en la vejez, la Esfinge se despeña al fondo del abismo. Si ella representa el incesto y el parricidio, y si Edipo la vence para después hundirse en el incesto y en el parricidio, esta paradoja puede significar que él, aparentemente, la vence por el intelecto, pero que la victoria intelectual es ilusoria, pues, en la realidad existencial, la Esfinge retorna del más allá para derrotarlo. La falsa victoria del intelecto sobre la Esfinge representaría, así, la omnipotencia de la Consciencia racional que, al hablar de la vida cree controlarla. Pensamos inmediatamente en la razón coronada en París por el Iluminismo, que a continuación naufraga en el Terror. Pero podemos pensar también en el fenómeno del *insight* como la mayor desilusión del Psicoanálisis. De hecho, el descubrimiento de los procesos inconscientes dio origen a la ilusión de que la simple comprensión racional desharía cualquier síntoma y traería su cura, de la misma manera que Anna O. despertó curada de la fobia al agua cuando, hipnotizada por Breuer, recordó que su fobia se había iniciado al ver al perrito de su gobernanta bebiendo agua de un vaso encima de la mesa. Tan ilusionados como Edipo, innumerables psicoanalistas pasaron a tratar a fóbicos,

depresivos, portadores de ansiedades graves, adictos, personas con disturbios de personalidad y hasta a esquizofrénicos buscando la cura por el *insight* a través de análisis hasta seis veces por semana e interpretaciones exhaustivas. Se pasaban meses y hasta años. Las interpretaciones parecían correctas. Los pacientes contaban a amigos y familiares cuales eran sus contenidos inconscientes, mas la cura no venía. Todo era explicado por la resistencia, nada por el error en la teoría. Como Edipo, pacientes y analistas se hundieron en la patología y en la compulsión de repetición, y la Esfinge acumuló cada vez más victorias. La dificultad del Psicoanálisis en reconocer esa limitación de la terapia exclusivamente verbal y en emplear técnicas expresivas para la elaboración de las defensas y de las fijaciones, sumadas a la medicación psicofarmacológica, cuando indicada, es hasta hoy notoria.

Los griegos llamaban a la omnipotencia *hybris*, a arrogancias de los hombres que perdían la justa medida y desagradaban a los dioses. La *hybris* de Edipo, del Iluminismo y de la ilusión mágica del poder de la palabra es arquetípica. De hecho, el *cogito* cartesiano es vivenciado por el niño en la propia adquisición de la palabra. “Hablo, luego soy”. Sólo entre resbalones y caídas el niño aprenderá que es a través de las experiencias de la vida que “el Verbo se encarna”.

El enigma de la Esfinge se refiere al tiempo y a las etapas de la vida. Como la genialidad de Freud descubrió y Edipo trágicamente aprendió, es el proceso de desarrollo existencial a través de las vivencias lo que forma la Consciencia, y no lo contrario. Si Edipo hubiese comprendido el enigma también a nivel existencial y no apenas intelectual, tal vez hubiese examinado mejor su infancia y la relación con sus padres en Corinto y descubierto la historia real de su proceso existencial. Al descifrar la Esfinge solamente a nivel intelectual y sentirse omnipotentemente conocedor de la verdad, Edipo tuvo que pagar el precio de la tragedia para descubrir su verdad existencial.

Precisamos recordar siempre y de nuevo que Freud y Jung analizaron mutuamente algunos de sus sueños, pero que ambos nunca fueron analizados. Es de esperarse entonces que, a pesar de la genialidad de los dos, muchas de sus teorías presenten defensas actuadas como racionalizaciones. Por la creatividad extraordinaria de ellos, estas formulaciones teóricas pueden contener grandes descubrimientos, pero, al mismo tiempo, operar en sus procesos existenciales como grandes defensas, exactamente como sucedió con Edipo. La mayor actuación de sus defensas, en lo que respecta a la relación entre ellos,

fue para mí su separación abrupta, en plena asociación extraordinariamente creativa, sin ninguna elaboración emocional. Perdieron ellos, por cierto, pero como sus teorías eran complementarias en las polaridades ego-arquetipo (personal-arquetípico) y normal-defensivo, y son los pilares de la psicología dinámica, su separación traumática afectó el campo de la Psicología de manera fundamental. Son congresos como éste los que nos ayudan a percibir y a buscar trascender las escisiones y lagunas por ellos dejadas. Lo que debemos evitar es creer que cada una de sus posiciones sea auto-suficiente y pueda desvincularse de la posición del otro, pues, de este modo, perpetuamos las limitaciones de los dos genios y paralizamos la Psicología en sus fijaciones, muchas de las cuales son todavía actuales.

A mi modo de ver, la principal consecuencia teórica de la elaboración insuficiente del complejo parental de Freud fue su descripción del Complejo de Edipo, genialmente descubierto en sí mismo, como normal y existente en todos los niños. Cualquier analista principiante no tendría la menor dificultad en percibir la racionalización si alguien le dijese que tiene un problema, pero que todos los niños también nacen con él. Esa racionalización confundió extraordinariamente lo normal con lo patológico, al postular que todo niño nace perverso-polimorfo y necesita sublimar su Complejo de Edipo para formar su Superego y civilizarse.

Este enfoque es muy diferente del enfoque arquetípico, que percibe el complejo parental con infinitas vivencias de relación entre padres e hijos, que, si fijadas, pueden originar el Complejo de Edipo, que Freud observó en sí propio.

Al abandonar la teoría de lo perverso-polimorfo, percibimos que, de la misma forma que la monstruosidad de la Esfinge, esta denominación expresa el prejuicio del predominio patriarcal sobre el matriarcal, identificada y reducida al deseo parricida y perverso. Entre tanto, si admitimos con Erich Neumann que la primera infancia está dominada por el Arquetipo Matriarcal y que, el niño, así como la cultura, al pasar hacia la segunda infancia entra en el predominio patriarcal, debemos teorizar cómo eso se hace sin la sublimación de lo perverso-polimorfo para formar el Superego. De hecho, es forzoso admitir que el predominio matriarcal en la primera infancia ocurre en medio a todas las fantasías posibles, que incluyen las tendencias incestuosas y parricidas. Entre tanto, cuando el niño pasa por la educación esfinteriana, la adquisición del habla y la socialización, que ocurrirán bajo la hegemonía patriarcal implantada con la adquisición del tabú del incesto y de la ley, es

necesario separar las transformaciones normales de las fijaciones que, éstas sí, generan disturbios del complejo parental que se encuadran en el Complejo de Edipo. Cuando imputamos al niño el dinamismo perverso-polimorfo y edipiano ya al nacer, patologizamos su *Id a priori* y creamos grandes problemas teóricos y prácticos para percibir la anormalidad inherente a las fijaciones y defensas durante el proceso de desarrollo. Al hacer esto, reducimos el Arquetipo Matriarcal al deseo inmaduro y sin reglas y creamos enormes dificultades para concebir el funcionamiento exuberante y creativo del dinamismo matriarcal durante el funcionamiento del predominio patriarcal en la segunda infancia y también en el resto de la vida. Como he buscado demostrar, a partir de la adolescencia los arquetipos del Anima y del Animus pasan a operar dentro del Arquetipo de la Alteridad, que conjuga la interacción dialéctica del Arquetipo Matriarcal, del deseo y de la sensualidad, y del Arquetipo Patriarcal, de la organización y de la ley.

La dificultad de Freud en percibir el Complejo de Edipo como una variedad patológica de las innumerables características del complejo parental normal, le impidió ver el complejo parental como la primera y principal imagen arquetípica de las incontables polaridades que recorrerán la elaboración simbólica de todo el proceso de individuación en el transcurso de la infancia, de la madurez y de la vejez, como indicaba el enigma de la Esfinge.

Podemos decir que, si por su parte, Freud actuó el lado *senex* del complejo paterno, fijado en el Complejo de Edipo, Jung, a su vez, actuó el lado *puer* en la misma fijación. Es conocido el hecho de que la relación de Jung con su padre fue problemática desde el inicio de la vida, sobre todo en relación a la posición dogmática del padre, en lo que concierne a la religión. Al respecto, la visión de Jung, en la entrada de su adolescencia, es muy ilustrativa de su complejo paterno negativo.

Un día, al volver de la escuela a casa, Jung tuvo una visión de Dios defecando y estropeando la Catedral de Basilea. Esta visión, que mucho lo conmovió, fue por él interpretada como su rebeldía contra la religión dogmática practicada por su padre, que dificultaba la búsqueda del Dios vivo, que caracterizó su religión. Al asociar la Catedral de Basilea con el símbolo mayor del Protestantismo del cual su padre era ministro, y pensar que Jung estaba entrando en la pubertad, es inevitable relacionar su visión con un complejo paterno intensamente negativo, que probablemente se consteló en la relación con Freud. “Yo lo consideraba una personalidad superior, en la cual proyectaba la imagen del padre” escribió Jung en sus *Memorias, Sueños y Pensamientos*.

Es innegable que la discrepancia en cuanto a la naturaleza sexual de la libido, que Freud nunca abandonó, fue el punto central de la ruptura, pero sólo la carga emocional subyacente a ella puede explicar la naturaleza brusca de la ruptura y porqué tantas otras características de las dos obras se mantuvieron separadas.

La mayor resistencia del Psicoanálisis a la teoría junguiana se centralizó, a mi modo de ver, en el concepto de arquetipo. Entre tanto, ningún psicoanalista niega que las funciones psíquicas como la proyección, la introyección, la identificación y todas las funciones descritas como mecanismos de defensa, como la represión, la formación reactiva, la transferencia, la resistencia y la compulsión de repetición existan en algún ser humano o en cualquier cultura. De hecho, el concepto de inconsciente colectivo y de arquetipo es subyacente a la teoría psicoanalítica. En el caso de que esas estructuras fuesen aceptadas como arquetípicas, sería mucho más fácil verlas operando, ora en la normalidad y sin fijaciones, ora defensivamente, con fijaciones. Esto las caracterizaría como funciones estructurantes arquetípicas operando normalmente en la Consciencia, como funciones estructurantes no fijadas, o en el inconsciente reprimido, como funciones estructurantes fijadas y defensivas. De esta manera, las dos obras podrían ser reunidas en torno a la transferencia. Cuando leemos la *Psicología de la Transferencia*, de Jung, y la comparamos a la transferencia neurótica, descrita por Freud, encontramos, a primera vista, que una no tiene nada que ver con la otra. Entre tanto, si consideramos a la transferencia una función estructurante arquetípica, la de Jung, creativa, y la de Freud, defensiva, percibimos claramente que las dos se complementan extraordinariamente bien para explicar la relación humana normal y patológica.

De la misma forma, la percepción arquetípica de la escena primaria, del complejo de castración y de la compulsión de repetición también pueden expandir su valioso contenido para el contexto existencial individual y colectivo y salir del reductivismo a la sexualidad, dentro del cual suelen ser empleados.

La reacción teórica de Jung a la ruptura también fue muy significativa, comenzando por haber descrito el funcionamiento de los arquetipos y todo el proceso de individuación solamente en la segunda mitad de la vida, sin tener nada que ver con la formación del Ego. Cupo a los seguidores de Jung, como Jolande Jacobi, Michael Fordham y Erich Neumann describir la formación del Ego a partir de los arquetipos y el proceso de individuación desde

el inicio de la vida. La falta de percepción de Jung para la formación arquetípica del Ego antes de sus seguidores aparece, así, como una posible reacción fóbica a la obra de Freud.

Otra gran limitación de la escuela junguiana me parece ser el problema de la formación y de la naturaleza de la Sombra, oriundo de la resistencia en incorporar el genial descubrimiento de Freud de la fijación y de la formación de las defensas. Esa resistencia tiene la obstinación de las defensas de cuño emocional y limitó mucho a la psicopatología y al estudio de la ética en la Psicología Analítica y la propia interpretación de Jung de los fenómenos históricos y, sobre todo, del Cristianismo.

A pesar de que el Psicoanálisis haya, frecuentemente, confundido lo normal y lo patológico, comenzando por la descripción del Complejo de Edipo y de la recomendación de su sublimación para formar el Superego, el concepto de fijación aliado al de defensa, sobre todo al de la resistencia y de la compulsión de repetición, son contribuciones centrales para la formulación de la psicopatología psicodinámica, o sea, de aquella que considera la importancia de los procesos inconscientes. Al no incorporarla sistemáticamente en la función de la Sombra, la Escuela Junguiana frecuentemente reduce la Sombra a lo que es incompatible con la Consciencia. Esa perspectiva, entre tanto, se presta a enorme confusión teórica, cuando se interpretan símbolos valiosos de la Sombra, en el caso en que es considerada positiva, en contraposición a situaciones en que es juzgada negativa o destructiva. Cuando tomamos en cuenta el fenómeno de la fijación en la formación de las defensas y de la Sombra, eso no tiene el menor sentido, puesto que todos los símbolos y funciones fijados en la Sombra tienen valor, porque son necesarios al proceso de individuación.

Lo mismo sucede en la concepción de la ética y del Mal, que Jung tanto valorizó, pero que, al dejar de lado los concepto de fijación y de defensa, los tornó en muchos casos imprecisos y confusos. Así, Jung abordó muchas veces la ética, situándola en función del proceso de individuación, pero sin precisar sus disfunciones y cómo se forma el Mal. En su libro *Aion* llegó incluso a hablar del Mal Absoluto, mas sin fundamentarlo científicamente. En esa confusión conceptual, para enfatizar su creencia en la existencia del Mal, Jung emprendió una verdadera cruzada contra la doctrina del *Summum Bonum* de la Teología Católica, que afirma que Dios es bueno y el Mal es Su privación. Ahora, cuando admitimos la Sombra como el Mal, originada en las fijaciones de la elaboración simbólica, vemos claramente que ella no está ni en el arquetipo ni en el genoma al nacer, sino que ella se

forma como una fijación del arquetipo durante el desarrollo. En ese caso, el Arquetipo Central, que da origen a la imagen de totalidad expresada por el concepto de Dios en las religiones, tiene el potencial para la realización plena (*Summum Bonum*) y es su disfunción durante la elaboración lo que genera la Sombra y el Mal (*Privatio Boni*).

Otra consecuencia sería en la obra de Jung, por la falta de adoptar el concepto de fijación y de defensa, que él conoció ampliamente con Freud, fue su dificultad de señalar y diferenciar claramente los aspectos positivos y negativos en los fenómenos culturales. Esta limitación le costó cara a Jung en muchos malentendidos graves, como fue, por ejemplo, su interpretación arquetípica del Nazismo a través del arquetipo guerrero de Wotan. No hay duda que eso existió dentro del militarismo tradicional de Alemania, pero dejar de computar juntamente la terrible fijación psicopática histórica, que caracterizó a la personalidad de Hitler y al Socialismo Nacional, dio margen a que Jung fuese injustamente masacrado con la acusación de anti-semitismo y de simpatizante del Nazismo.

La interpretación del Cristianismo, junto con su crítica y apología, fue un tema precioso, tratado extensamente por Jung durante su obra. La falta del empleo de las diferencias entre las funciones psíquicas no fijadas y fijadas, una vez más perjudicó mucho sus ponderaciones, porque consideró al Cristianismo como una sola cosa y no diferenció entre la pujanza creativa del Mito original y la patriarcalización fijada y defensiva del Mito durante su institucionalización, que tanto lo deformó al punto de que la Iglesia creara la Inquisición, que torturó y asesinó en nombre del Mesías. Si hubiese Jung acogido y empleado los conceptos de fijación y de defensa descubiertos por Freud, habría ciertamente analizado mejor los innumerables temas culturales que abordó, inclusive su divergencia básica con su padre, localizada entre la posición dogmática, estancada, fijada y defensiva de la institución y la posición mística viva y pujante del Mito, ambos como expresiones diferentes del Cristianismo.

Quiero felicitar a quienes idearon este Congreso y agradecer una vez más la gentil invitación para participar de él, pues este camino del diálogo institucional por los seguidores de los dos grandes pioneros, incluyendo la valiosa obra de un seguidor de Freud tan importante como Lacan, es sin duda la manera de dar prestigio a su creatividad, empleando sus propias conceptualizaciones y descubrimientos para fertilizar mutuamente la Psicología en aquello que sus limitaciones personales y emocionales no dejaron reunir.

